

¿DE NO TENER VEINTE AÑOS?

GARCIA BARO

Marquesa de Jura Real



...nto que los años acarrearán, ya que on ellos el mundo se ve por una arte desde más adentro y por otra esde un sitio más despegado y alto onde ya pueden fabricarse panoranas de urgencia.

Hemos procurado captar con exactitud éstos, surgidos al hilo de la harla, no ya para pasatiempo exclusivo de vosotras, lectoras, sino para ue de ellos extraigáis lo que tienen le enseñanza y, sobre todo, de razoad optimismo.

Así, todas amontonaréis seguramente motivos de alegría para cuando alguien os vaya con la famosa pregunta, que, si no, vosotras mismas deberíais haceros frecuentemente. Decid: ¿sabríais contestarla?

Un criado—librea verde—nos introduce en el ambiente señor. Luego es la propia Ana María, hija de los marqueses, la que con sencilla afabilidad acude a nuestro encuentro para pasarnos a la amplia estancia donde la siesta se acaba entre las labores de punto de la marquesa y de sus hijas en torno a la camilla, que da una simpática nota de intimidad a esta sala poblada de muebles y detalles del mejor arte.

La marquesa no quiere para nada sus veinte años: —Me daría mucha pereza volver a empezar la vida, pues seguramente no la pasaría tan feliz como Dios me la dió—asegura—. Además, creo que no podría repetir el espanto de los años de guerra, con las penas y angustias que pasé primero en Madrid y luego las preocupaciones por los cinco hijos que tenía en el frente y que Dios me ha devuelto sanos, a pesar de sus heridas.

—Efectivamente, es muy natural su alegría por final tan feliz—rubricamos.

Y esta marquesa, que nos habla de sus cuidados benéficos por los suburbios madrileños y de su satisfacción al conocer cómo mejora en algún modo la vida de los pobres; esta marquesa de gesto optimista, a quien colman de felicidad sus once hijos, sus catorce nietos, redondea así su contestación entre las risueñas protestas del reducido auditorio familiar:

—Ahora estoy tranquila. Me gustaría que mis hijos tuvieran ya sesenta años cada uno y se vieran como yo... Sólo me gustaría volver a los veinte para convivir con personas, por desgracia, desaparecidas.

La Superiora de una Orden Religiosa

—¡Ay, hijo!—contesta con inteligente asombro esta Religiosa, superiora de un colegio—. ¿Es que ahora puede tener cada cual la edad que le guste? Le diré lo de aquella monja francesa—continúa con blanda sonrisa—. Hallándose muy grave, el sacerdote que la asistía le preguntó si estaba conforme con morir. «—Pero padre, ¿es que se puede tomar otro camino?», contestó. Y eso digo yo: si es que se puede tomar otro camino.

—No, no se puede, verdaderamente; pero sí encontrar los motivos de alegría de una edad madura.

—Siempre hay motivos de contento, seamos viejos o jóvenes. La conformidad en Dios da toda alegría. A El tenemos que pedirle siempre lo que nos convenga y, si lo que nos conviene es malo, pedirle también fuerzas para sobrellevarlo.

—De todas maneras, la vida tiene distinto enfoque desde los veinte años o desde los... bastantes más.

—Sí, pero eso se ve más claro en los seculares. Su vejez tiene otras formas; sus hijos y familias les dan otra clase de satisfacciones y disgustos; tropiezan con un cierto tipo de desengaño, generalmente. En cambio, dentro de la regla es otra cosa. Además, de mí sé decir que aquello que oía de joven a los mayores de que el corazón no envejece, y que tenía por chocherías, es absolutamente cierto: estoy comprobando que no envejece mi corazón.

—Y la experiencia del tiempo, ¿no da una especial satisfacción, otro panorama de la vida?

—La sensación de encontrarnos cada vez más cerca de Dios. En cuanto a la experiencia, cada vez sirve para menos. ¿No ve cómo se impone la gente joven? Ella es la que manda en las casas y todo lo discute con sus padres. Han cambiado mucho los tiempos y no se lleva tanto aquella obediencia estrechísima de cuando los hijos no hacíamos nuestra voluntad, sino la de nuestros padres. En cambio, ahora...

—Bien, pero todo eso ocurre en el mundo, ¿o es que en el mundo puede soplar alguna mala «moda» dentro de...?

—¡No, por Dios!—se nos ataja con susto la insinuación atrevida—. La regla no cambia en absoluto ni el mundo puede nada; sólo, si acaso, presentar más fuerte el contraste de una y otra vida, hacer tal vez más difícil el comienzo de la nuestra y que veamos más claro, en definitiva, todas sus excelencias y sus ventajas; que celebremos haber cogido el mejor camino.



Doña Paquita Ariza

—Lo que ocurre es que yo no me alegro de ninguna manera de no tener los veinte años.

—¿Cómo que no? Algunos motivos satisfactorios le habrá dado a usted el tiempo.

—Le repito que no; lo que siento precisamente es no poder volver a aquella edad. A partir de entonces yo no tengo que contar más que sufrimientos.

Se complica la encuesta. Es inútil. No hay, en principio, manera de desviar la conversación. Menos mal que luego, mientras dura la fuerte resistencia de esta señora a hablar desde la Revista, y, sobre todo, a dejarse retratar, nos hemos hecho una idea bastante aproximada de su disposición de ánimo. Llega una altísima joven rubia de negro turbante y con un perrito que es una monada,

—Siéntese usted, señora —sonríe doña Paquita, mientras sólo con el gesto indica a una subordinada que vaya a hacerle las manos.

La señora Ariza—batín blanco, cabellos de un blanco joven, expresión esclarecida—no pierde durante nuestra charla ningún detalle del movimiento de la peluquería y perfumería del Palace, que dirige en unión de su hermano. Desde aquí, con sus veintisiete años de servicios, se ha hecho popular internacionalmente por la naturaleza de la clientela. Tiene la Medalla del Trabajo y piensa morir de vieja en esta misma sala; es soltera. Dice haber ganado mucho y haberlo dado también para remediar males de otros, de otros que no agradecen bastante.

—¿Y lo que usted ha aprendido en sus años, no vale nada?—decimos.

—Sí que he aprendido mucho, pero para sufrir y desengañarme.

—¿Por qué?

—Porque yo siempre obré de buena fe, confiada en los demás, creyendo en la bondad de todos, y después he visto que cada cual va a lo suyo, a su felicidad particular, a su arreglo.

—Pero esta rectitud de conducta será para usted un motivo de tranquilidad y hasta de alegría.

—Sí. Además soy muy querida de todos los míos, que me rodean constantemente de atenciones. Y en el trabajo, lo mismo: el cariño junto con el respeto han presidido siempre las relaciones conmigo de estas chicas que usted ve...

—Luego había motivos para estar contenta.

—Sí, por este lado, sí.

—¿Ve cómo para nada le servirían los veinte años?

—¡Oh, ya lo creo que me servirían! ¡Para no volver a ser tan tonta como fui!

